

AL OTRO LADO DEL PUENTE

Entrevista a Oscar Brahim



Desde 1998 hasta hoy, la ciudad entera de Buenos Aires es la galería donde Oscar Brahim elige exponer su obra. Sin vernissages ni catálogos con texto crítico, las intervenciones urbanas de Oscar –él las llama juegos– duran poco y están destinadas a un público fortuito, de ojos bien abiertos. Los collages sobre publicidades y las frases del puente de Córdoba y Juan B. Justo son algunos de sus hitos. Sin embargo, entre medio, Oscar también probó con otras formas de sabotaje artístico para crear nuevos sentidos en la calle.

En 2004, se editó el documental *Oscar*, dirigido por Sergio Morkin, que le dio a su obra un pico de exposición y reconocimiento. Salir del anonimato casi le cuesta a Oscar que se lo coma el personaje del taxista contestatario que intervenía las publicidades. Pero, al cabo de una charla con él, si algo queda claro es que el tipo vive en estado de búsqueda permanente, escapándole a las etiquetas y a la repetición.

Hablar con Oscar Brahim es entregarse a los vaivenes de su rico anecdotario, oírlo referirse a sí mismo como Oscar y como Óscar (con acento en la á y en la ó, según cuente cosas de la película o de su intimidad), al tiempo que delante de nuestros ojos enhebra un relato sin baches sobre su obra callejera. Sin más, lo dejo a solas con él.

EL DESPERTAR

A mí más que provocar algo en el otro, me gusta despertar. Hacer ingresar algo en vos y debatirte. El despertar tiene que ver con eso: salí de tu lugar de autómeta. Del trabajo a la casa, de la casa al trabajo. Si yo puedo colar algo, lo voy a colar porque también eso trabaja conmigo.

En la primera etapa, cuando usaba las publicidades, lo que me gustaba era decir: “¿Qué pasa si vos lo ves de esta manera?”. Siempre me interesó sacarte de tu lugar de autómeta, de aceptar la publicidad como viene dada. Ojo, a mí hay publicidades que me parecían muy lindas y ni hacía falta que las tocara porque me gustaban.

Pero ellos jugaban con códigos de ética y moral para presentar una campaña, y yo no. Era alguien out, fuera, que venía de madrugada y se sumaba a lo tuyo para poner una idea ahí. Yo sumaba lo mío, pero no me sumaba a la marca. Utilizaba la ventana de la publicidad, sabiendo que ellos no se podían correr de esos códigos morales, porque si no les daban el bochazo.

Por ejemplo, en la presentación de la campaña del Fiat Palio había dos fotos del auto: una de frente y otra de perfil. En el que estaba de frente puse a Perón (que lo había sacado de un afiche de Suterh) saludando pero sin las manos, y las manos arriba del capot. Es decir, una campaña publicitaria no puede presentar eso, pero yo tenía el papel con una foto tan bien definida que parecía parte de la campaña. Lo que pasa es que no se entendía el grado de morbosidad.

JUGAR CON ESA PANTALLITA

Empecé haciendo pequeños ejercicios, collages sacados de mi mundo surrealista para jugar con esa ventana que es la publicidad. Aprovechaba esas texturas, colores e imágenes para hacer otra cosa, y dejaba de ser la campaña que ellos se habían propuesto hacer. Yo la usaba para generar algo nuevo. Lo que estaba haciendo era jugar con esa pantallita que estaba en frente mío.

Ahí me pongo a leer *No-logo*, de Naomi Klein, una denuncia muy bien hecha de cosas aberrantes sobre cómo firmas muy poderosas trataban a la gente de maneras inhumanas. Y eso se transforma en que yo tengo que armar un discurso para la película.

El discurso era: “el taxista que ataca la publicidad porque la publicidad nos dicta cómo tiene que ser nuestra vida”. Y yo le decía a Sergio: “Boludo, pero yo abro la heladera de mi casa y ahí están los productos a los cuales vos creés que combato. Yo tomo Coca-Cola. Entiendo por dónde vas y te sigo en esa, pero acá hay una contradicción”.

UN ROCANROL EN LA CABEZA

Yo ya venía hinchado con *Oscar*. Hacía cuatro años que una cámara me venía siguiendo, la película no se terminaba de contar porque el guión era muy difícil para el director, Sergio Morkin. Además no me podían seguir a todos lados porque uno también está cambiando. Pasaban cosas en mi vida diaria, en mi familia y él tenía que seguir contando su historia.

Sergio veía la película como una cosa muy poderosa porque había mechado la debacle de la Argentina, la caída de De la Rúa, el golpe de timón del país, con la historia de Oscar, un tipo sin medios o sin dinero que baja de su taxi y empieza a hacer cosas raras. Y yo me tengo que adaptar un poco a su guión, porque él me pone en el lugar de un tipo que aborrece la publicidad y con un discurso contestatario. En la película, hay mucho de ficción y hay mucho de cosa real, pero lo cierto es que, en ese momento, yo tenía un rocanrol en la cabeza...

UNA CHARLA INFORMAL

Un día me llamaron de una agencia: “Queremos tener una charla informal con vos para alimentarnos mutuamente. Vos vas a conocer cómo funciona una campaña, desde que nace la idea en una habitación cerrada hasta el desarrollo y la elaboración posterior. Y, a cambio, le das una charla a unos alumnos nuestros de una cátedra que tenemos en el Instituto Di Tella”. Pedí honorarios y me los dieron.

Los que manejan las campañas publicitarias tienen que crear una necesidad de un producto que está por salir al mercado, y para eso tienen sus cerebros frente a una máquina que inventan una campaña. Después, uno como consumidor elige si le gusta o no lo que le venden, pero no hay mucha distancia.

En un intervalo de la charla en el Di Tella, una chica salió y me dijo: “Mirá, los que estamos acá no somos alumnos, somos pichones de distintas agencias”.

Me preguntaban qué haría en tal campaña, y yo les decía que ellos eran los creativos. Además había campañas que me gustaban muchísimo. Yo no sé crear una necesidad, tampoco sé bien qué carajo hago, pero sí sé que me gusta lo que hago.

NEGOCIAR CON EL OTRO

Si alguien me venía a decir algo, yo lo resolvía en el momento, que es como mejor me sale. Aprovecho qué

es lo que viene del otro lado y no me pongo firme para pelear. Me mezclo con el otro y no sale perdiendo nadie. Yo le puedo colar algo y el otro me puede dar algo a mí. De ahí a decir: “no, porque este es mi arte, y no me importa”. Eso nunca tuvo cabida para mí. Dentro del mundo del arte, siempre me mantuve sobre el margen. Nunca puse mi firma en ningún trabajo.

Tuve algunos encontronazos en la calle, pero no muchos porque siempre me puse a negociar con el otro. Un día estaba jugando con un cartel de Marlboro, se aparece un cana y me dice: “Señor, señor, usted no puede hacer lo que está haciendo. Bájese”. Y yo le dije: “Mire, disculpeme, me está cortando la inspiración, ¿usted quién es?”. “Soy el comisario retirado tal y cual, y voy a llamar a la policía”. El tipo se fue y a mí me agarró un cagacito por dudar de si vendría un patrullero. Después no apareció nadie. El tipo era un pirado, pero yo no me puse a buscar un enemigo.

Otra vez pasó un auditor y me agarró in fraganti. Los auditores eran tipos que pasaban con una cámara y sacaban fotos de los carteles para mandarles a las agencias para que vean el estado de los afiches. Un día se baja uno de un auto y me dice. “Ey, flaco, ¿qué hacés ahí?”. Le digo: “uy, mirá, yo estudio Bellas Artes, necesito sacarme una nota. Por favor, dejame que termino esto que es glorioso para mí, le saco una foto y se lo llevo a la profe”.

EL ÚLTIMO TRABAJO EN LAS VALLAS

Cuando se estrena *Oscar*, yo estoy pasando por una cosa mística. Empiezo a preguntarme qué sentido tiene lo que estoy haciendo. Hay algo adentro que me está diciendo que no es por ahí. Entonces, en 2002, la tarea de Oscar llega a su fin y concluye con una esvástica gigante hecha con dólares.

Era un momento en que el dólar se había disparado a 5 pesos, los bancos cerraban y la gente se tiraba abajo de las puertas con los dólares en la mano para comprar. Yo estaba viendo eso en el noticiero y de golpe miro a mis hijos que estaban en el piso de casa jugando con unos billetes de cien dólares que me había robado de una publicidad. Apagué la tele y me puse a hojear un libro de arte, que se llama *El lápiz japonés*, donde había un informe sobre la esvástica en el mundo.

¿Qué representa la esvástica? ¿De dónde viene? La esvástica era un símbolo hindú, que representaba la buena aventura, la suerte. Es la rueda del sol. Creo que hasta los incas la tuvieron, en Estados Unidos figuraba en el packaging de algunos alimentos. Había una que estaba hecha como si fuera con cuadraditos de cerámica. Entonces, veo que mis “dólares” eran de forma cuadrada. Cierro el libro y le digo a mi mujer: “me voy a hacer un trabajo”.

Cacé la escalera, la plasticola, una lata de pintura y puse los dólares en un sobre que me fabriqué. En general, no me tomo mucho tiempo para inspirarme o elaborar una idea. Digo: “tiene que ser esto”, y después tal vez cuando estoy por hacerlo, ajusto un poco el lápiz, modifico alguna cosa sobre la marcha. Ese trabajo fue interesante por la ambigüedad del símbolo. Lo hice en Cerviño y Bullrich, a tres cuadras de la Embajada de Estados Unidos y enfrente de la Mezquita. Pasaba un patrullero y me felicitaba, pasaba gente y me puteaba.

Vino un amigo, Guillermo Faivovich, al que le había avisado que iba a estar trabajando y me dijo: “Nos van a llevar preso”. “No, boludo”, le dije, “es lo último que voy a hacer, no quiero saber más nada”.



COLABORE CON EL CAMBIO

Más tarde, esa misma noche, salimos a dar una vuelta en su auto. Me había sobrado pintura, así que encontramos un espacio blanco y pintamos con la brocha: “Discrimine”.

Otro amigo me preguntó: “¿qué es esto, Oscar?”. Yo le dije: “boludo, vos elegís constantemente, a cada momento estamos eligiendo. No sé, no te puedo explicar todo, es a libre interpretación”. En verdad, lo que me interesó de eso fue ver una pantalla blanca y tener la posibilidad de usar en una escala grande la letra que se usa en un cómic. Tu imprenta. No algo tan elaborado, con un sello o ploteado.

Y a partir de ahí, empecé a sacar frases que podían cumplir una función importante en un contexto (por ejemplo, “Colabore con el cambio” en la caja registradora de un negocio) y ponerlas en otro lugar donde no tuvieran función, solamente para ver cómo jugaban. La frase “Sea breve” la llevé a diferentes escalas.

LA AMBIGÜEDAD DEL MENSAJE



Entre la esvástica y empezar a subir las frases al puente, pasó un año en el que estuve escribiendo con brocha en vallas de publicidades blancas, sin avisos. Empecé a trabajar con la ambigüedad del mensaje. Tan es así, que adentro del taxi también ponía carteles.

La gente se sentaba, decía “vamos a tal lugar”, y de golpe se topaban con un cartelito: “El baño es para uso exclusivo de los clientes”. Algunos me decían: “disculpe, ¿tiene baño acá?”. Ahí empecé a trabajar con el colarte algo, pero no le encontraba la vuelta. Siempre se trató de jugar, sin presión y sin elaborar nada.

En una época, tenía que ir hasta Mataderos a buscar un taxi a la madrugada. Era

un viaje de 40 minutos en el 80. Entonces empecé a escribir frases en los boletos de colectivo. Yo andaba siempre con una cinta bifaz y los pegaba en la parte de atrás de los asientos. Entonces alguien se sentaba y veía una frase que iba dirigida directamente a él. Imaginate el asiento oscuro y un papelito que decía: “Lo estoy mirando”.

Una vez pegué arriba de la máquina de las monedas, un cartelito que me había tomado el trabajo de tipear en la compu. Decía: “No tengo cuerdas vocales”. Otra vez, puse en un asiento un cartelito de “Antes” y en el de al lado, uno de “Después”. Yo me senté en el asiento del pasillo, que decía “Antes”. Al rato, se subió al colectivo un tipo que, cuando yo lo dejaba pasar, no se quería sentar en el asiento de “Después”. Me decía: “pase, pase”.

En 2003, había llegado Fidel Castro a la Argentina y fue a hablar a la explanada de la Facultad de Derecho. Había miles de personas con sus pancartas, sus pasacalles, y con Guillermo llevamos un cartel de 12 metros que decía: “Escoja su recompensa”. Y le digo: “¿Sabés que es lo importante? Acá nadie se va a dar cuenta porque está todo el mundo en otra, pero hay un montón de medios y lo va a ver un montón de gente en todas partes”. Después, no sé si salió en algún lado o no.

ESTO YA PASÓ

Los lugares comunes me empezaron a aburrir.

El documental estuvo tres meses en el Rojas. Yo les podía compartir el Oscar de la película, pero ya estaba en otra frecuencia. En realidad, *Oscar* era la película de Sergio Morikin, y yo era el protagonista. El director del Rojas me ofreció un espacio para que hiciera lo que quería. El tipo me decía: “Me encantaría que pongas una foto acá, y acá hagas una intervención”. Yo lo escuché hasta el final y le dije: “Déjame pensar”.

Al día siguiente, le propuse pintar de negro toda una pared blanca y un zócalo. Me mandó con el encargado de logística del Rojas y cuando le cuento, el tipo me dice: “¿Qué? ¿Esta pared de mierda?”. Pensé en poner esa frase, “Pared de mierda”, pero después la descarté y la reemplacé por “Esto ya pasó”. Y me encantó eso, hubo un clic. Insistimos sobre esto tantas veces, las formas cambian pero el contenido es el mismo. Víctima, victimario, la rueda, me cagan, me pongo de la otra vereda, la culpa dónde la pongo. Yo ya había empezado con el puente, pero nadie lo sabía en ese entonces. Armé la frase y la pegué: “Esto ya pasó”. Si bien al director del Rojas le pareció que me estaba saboteando, fue la primera vez que pude jugar en un lugar privado. Antes, el escenario donde yo me movía era la calle, donde no tenés que pedirle permiso a nadie y el trabajo es efímero porque la calle no es una galería. La misma vorágine de cambiar las campañas hacía que se me ofreciera algo que duraba muy poco.

SOMOS RESPONSABLES DE LO QUE VEMOS

Antes de empezar a subir frases al puente, una vez puse una frase arriba del viaducto Carranza, que decía: “Más lugar adentro”. Y cuando llevaba a algún pasajero, le preguntaba: “¿Usted sabe qué quiere decir esto? ¿Saldremos en otro lugar?”. Hubo conversaciones que grabé y perdí.

Un día pasé con el taxi por el puente de Córdoba y Juan B. Justo y vi que había un afiche del Partido Obrero, y pensé: “¿Cómo hicieron para subirse ahí? Acá para mucha gente”. Me di cuenta de que no iba a poder pintarlo y entonces fui a ver a un amigo que trabaja haciendo publicidades para Metrovías y le dije: “Necesito que me plotees el abecedario completo, con esta tipografía y en este tamaño”. Él me dijo: “Si vas a trabajar ahí, te doy un indicador de escalas porque vas a tener que manejar escala entre letra y letra”.

Dejé la brocha y empecé a trabajar de manera más profesional. Pegué las letras en una cartulina y, cada vez que hago una frase, las uso como molde. Recorto las letras con tijera en papel blanco, compro un rollo de papel negro y pego las letras encima. Como el puente no es recto, trabajo por paños.

La primera frase que puse fue “Necesito niños”, que la subí dos días después de que lo habían agarrado al padre Grassi. La pegamos y funcionó. Al principio, no lo podía creer. Me desviaba a propósito con el auto para verla. No se caía, nadie le hacía nada y con la gente era un disparador.

Más adelante, empecé a hacer un trabajo de mayor reflexión, cuando empecé a subir frases que tomo de un curso de entrenamiento mental. Empieza a cambiar tu manera de ver. Tenemos una manera de ver y en cualquier situación, recurrimos a un marco de referencia que tenemos para emitir un juicio con respecto a algo. Depende de tu juicio, si es desde la culpa o más desde una visión de sanar esto. La locura está actuando siempre, la cordura está esperando que deposites eso ahí. Y dije: “OK, vamos a mandar esto”.

Me alejé de la ambigüedad y me encantó cuando puse la primera vez: “Somos responsables de lo que vemos”. Pero el puente también es efímero, se caen las letras, no es algo que tiene que perdurar, y quizás en el momento no le prestes atención a la frase del puente, pero en algún momento va a volver.

EL RESPONSABLE ENTRE COMILLAS

Al puente le di un año de descanso porque pasó que yo puse: “No subestimes el poder de la negación”. Y me cambiaron “negación” por “felación”. Entonces dije: “ey, acá pasa mucha gente, gente que está con pibes, un pibito puede decir: ‘Papá, ¿qué es felación?’”. En algún punto, entraba en juego una discusión en la que el responsable entre comillas era yo, porque hay un público que me conoce, que sabe quién es Oscar. También cualquiera se podía dar cuenta de que la escala de la letra no era la misma. Mirá hasta dónde llegará la cosa que la otra vez me pidieron permiso para subir una frase al puente, como si fuera un lugar privatizado. Está bueno que lo usemos como un canal de noticias, que vengas y me preguntes si tengo algo para subir, así organizamos los tiempos. Ponele, yo subo esta información, le damos 30 días y después cambiamos.

CONSEJOS PARA LA PERSONA QUE SE INICIA EN ESTO

- Que no se traicione.
- Que haga lo que le gusta.
- Que no la piense tanto.
- Que si la sintió y vio que iba por ahí, que la haga.
- Que no busque ponerle tanto título.

